

duque de Alcira se concibió y escribió en los tiempos del romanticismo, pues sólo entonces se inventaban personajes que sacrificaran, al casarse, el afecto á la compasión, y que, después de descerrajar un tiro á una mujer, fuesen defendidos ante los tribunales por la víctima, uniéndose después con ella por el santo vínculo del matrimonio.

Entre las novelas de D. Manuel J. de Diana hay una premiada con mención honorífica por la Academia Española, y cuyo título es *La calle de la Amargura*; pero la modesta fama del autor va unida, más bien que á sus ensayos de este género, á sus apreciables comedias y á un libro sobre *Capitanes ilustres*.

Del infeliz Antonio Hurtado, cuyo nombre nos sale ahora al encuentro, y no por última vez, conservamos tres ó cuatro novelas cuyo único valor estriba en representar el término medio ó de transición que enlaza las de nuestros días con las del período verdaderamente romántico, tal como le hemos podido columbrar en medio de sus interrupciones y desigualdades. Amigo de lo sorprendente y extraño, mas no de lo inverosímil; cuidadoso de la belleza en las formas hasta rayar en intemperante, no cifra tampoco en el enredo el interés de la narración. En la que lleva por epígrafe *Cosas del mundo*¹, publicada en *El Español*, y después en volumen aparte, puede verse la naturaleza de ese procedimiento ecléctico, con sus evidentes deficiencias. Las aventuras de amor y las infamias sin número que se entretajan en la fábula, dejan atrás á las del naturalismo francés contemporáneo, salvo en la crudeza de la expresión, y se acomodan á un criterio tan pesimista como el de Zola, con la particularidad de que los personajes y las costumbres están tomados de la alta sociedad. Así y todo, hay páginas en el libro que por

¹ *Cosas del mundo*, novela de costumbres, por D. Antonio Hurtado, tercera edición. Madrid, 1850.

lo brillantes y sentidas nos recuerdan á Fernán Caballero. Sin fuerzas para sustraerse del todo al influjo de los procedimientos en boga, y anhelando por otra parte inspirarse en la realidad, el autor anda á tientas los primeros pasos de un camino inexplorado aún y lleno de dificultades que no le era dado vencer.

Téngame Dios de su mano al hablar de las sentinas literarias (no se les puede dar otro nombre más decente) que, constituidas á modo de organismo y revueltas á una por la codicia de los editores, por la venalidad y la prostitución del ingenio y por la condescendencia de un público sin cultura, llevaron á todas partes las heces del mal gusto y de la inmoralidad. No era bastante poner en perverso castellano, y al alcance de todas las fortunas, el fárrago de noveluchas insustanciales que á manera de máquinas producían los folletistas parisienses¹; para dar pábulo á la ignorancia y á las malas pasiones, para pervertir á la incauta juventud, imbuyéndola en los secretos del vicio y en los errores de la falsa historia, se pensó en dar otras formas á la propaganda, en remedar servilmente el mercantilismo de las naciones vecinas, y en suplir con la estéril fecundidad del número la carencia absoluta de toda buena cualidad.

Entre los editores que especulaban con la avidez del público y la penuria de los escritores asalariados, descolló el inolvidable Urbano Manini, de cuyas oficinas salieron los libros por ensalmo. Los lectores² corrían parejas con los novelistas, aunque entre éstos hubo uno de ingenio grande y digno de mejor suerte,

¹ No hay una obra de Dumas y E. Sué, con ser tantas, que no se halle traducida, algunas cinco ó seis veces; de Jorge Sand, Ferval y P. de Kock existen también numerosísimas ediciones más ó menos completas, y el último, como Montepín y tantos otros, encuentra hoy mismo intérpretes que rivalizan en actividad y en ignorancia.

² Es típica la carta que dirigió uno de ellos á D. Victor Hugo asegurándole que le gustaba mucho una novela suya.

estragado por el mal ejemplo, y más aún por otro móvil no literario, por la necesidad.

¿Qué ángel malo tentaría á D. Manuel Fernández y González ¹ para hacerle entrar en esta empresa, donde arrojó por los suelos la modesta reputación de sus primeros días á cambio de otra formada por artesanos, costureras y demás clases de la plebe iliteraria? Porque deben saber los que sin distingos le condenan que ha escrito obras relativamente tan notables como *El cocinero de Su Majestad* y *Men Rodríguez de Sana-bria*, con las que se mezclaron, para su desdicha, *Lucrecia Borgia*, *El collar del diablo*, *La maldición de Dios*, *Los desheredados*, *Los negreros* y el tan leído *Don Juan Tenorio*, para no citar todo el catálogo, que compete en extensión con el de Dumas, excediendo al de Lope de Vega y al del Tostado. Yo no sé si en España hubo nunca autor tan popular y tan fecundo en todo el siglo XIX; pero sí he oído más de una vez hablar de Fernández y González con muestra de estupefacción y de entusiasmo, que habrían sido hiperbólicas tratándose de Dante y Homero.

Hay quien le llama el Dumas español; y prescindiendo de la significación, grande ó pequeña, del elogio, no cabe desconocer que tienen los dos de común la fantasía desordenada y fecunda, la pasión por lo inverosímil, el menosprecio de la realidad, y la vena inagotable que se confunde, al extremarse, con el charlatanismo. Fernández y González escribía novelas por costumbre, por genialidad, por temperamen-

¹ Nació en Sevilla el 6 de Enero de 1821. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Granada; pero la literatura fué la ocupación de toda su vida y su único medio de subsistencia. En Madrid, donde residió muchos años y donde falleció el 6 de Enero de 1888, queda larga memoria de sus aventuras de bohemio empedernido, de su original manera de dictar simultáneamente varias obras en publicación, y de la fanfarronería, entre infantil y andaluza, con que á voz en cuello se proclamaba á sí mismo el más ilustre y el más modesto de todos los novelistas.

to, pues algo tuvo de función orgánica en su monotonía y celeridad constante este modo de satisfacer periódicamente, con determinado número de volúmenes, á la necesidad propia ó ajena. Si en vez de adquirirla hubiese seguido el rumbo que le marcaban sus primeros ensayos, enfrenando su natural impetuosidad para que no se desbordase sin fruto ni provecho, ¿quién sabe si en él hubiera tenido España, ya que no un rival de Walter Scott, á lo menos otro imitador tan feliz como Navarro Villoslada? Juntos comenzaron su carrera de novelistas, adoptando después las direcciones más radicalmente opuestas que pueden imaginarse. Mientras que el uno reformaba con severidad los defectos de sus primeros días, madurando los planes, castigando el estilo é internándose más y más en el estudio de las figuras que hace intervenir en sus obras, iba el otro avezándose á los trabajos de pacotilla, sin corrección y sin gracia, hechos exclusivamente para alimento de la imaginación y la curiosidad.

De aquí la elección de sus argumentos, siempre complicados, fastasmagóricos y con tanta máquina como una epopeya, el descuido de la forma, y más aún del análisis psicológico, con un sinnúmero de defectos graves y leves, hijos de la precipitación desenfrenada. En el género histórico no busca ni por asomo el colorido local, sino sólo el atropellamiento y la confusión de las escenas, siempre recargadas de tintas oscuras y uniformes, en vez de la oportuna distribución que distingue á los buenos pintores, lo mismo en el lienzo que en el libro. Los crímenes, verdaderos ó falsos, de las antiguas crónicas, las aventuras de capa y espada, los temerosos cuentos nocturnos, las románticas tradiciones locales, se transforman bajo su pluma en romanzones pesados, en libros de caballería no menos desatinados y monstruosos que los aludidos por Cervantes. El ingenio, el arte y la delicadeza se evaporan y dejan á su libertad, dueña del campo, ágil y al-

borotada como corcel de guerra, á la fantasía indócil, engendradora de castillos en el aire y de otros mundos y otros seres nunca vistos por ojos humanos.

La novela de costumbres es también en manos de Fernández y González lo que en las de Dumas y Sué: materia conductora de electricidad para agitar el organismo con siniestras perspectivas, en las que alternan el presidiario, el bandido y los que llaman desheredados de la fortuna, con las mujeres de placer y demás heroínas localizadas en esta Arcadia del desorden. Nunca se deplorará bastante el que un ingenio tan robusto y flexible, con toda la exuberancia viciosa, pero rica y aprovechable, del Mediodía, se prostituyera hasta convertirse en heraldo de una falange semibárbara é inculta, que aún hoy sigue siendo un peligro constante, para las letras y la moral, tan temible ó más que el periodismo callejero. Entre todos estos aprendices de novelistas, enemigos personales del sentido común, sólo debe llamarse malogrado á Fernández y González, porque sólo él pudo figurar con gloria en otra esfera más elevada, lo cual le hace tanto menos disculpable cuanto que no fué inconsciente su pecado, y sí de incalculables consecuencias, como estímulo y mal ejemplo propuesto constantemente á la imitación.

Figura á la cabeza de sus fervorosos secuaces don Enrique Pérez Escrich, popular también, aunque menos y en el mismo sentido que Fernández y González, y ex-autor dramático que abandonó pronto su carrera. En el año 1858 se representó en Madrid su primer drama, cuyo éxito le alentó á beneficiar sus datos para un novelón muy grande que, como aquél, se intitula *El cura de aldea*. Publicado por el imprescindible Manini, no es, sin embargo, una cosa tan mala como las que solían brotar de las célebres oficinas. Pérez Escrich nos asegura que no tuvo otro dechado ni otro inspirador sino el Evangelio, afirmación que él mismo contradice desde las primeras páginas, de origen harto

menos noble en el fondo y en la forma. Los personajes en su mayoría se caen de buenos, sin que esta bondad pase nunca, ni á la narración, ni al estilo, pesada la una como las adormideras y empedrado el otro de neologismos y bizarrías imperdonables. Las escenas, es cierto, de puro vulgares salvan el escollo del idealismo; pero exceptuando unas pocas que resisten á la torpeza de la ejecución, todo lo restante es insípido y farragoso hasta el extremo. No sufre tampoco un análisis minucioso la moralidad de *El cura de aldea*, pese á las declaraciones de su autor y á sus inocentes apariencias; y si no, dígalo la beatífica tranquilidad con que acepta un duelo el simpático joven descrito en el decurso de la obra como encarnación de la virtud y la religiosidad. Si á esto se añaden los atractivos literarios, que tanto brillan aquí por su ausencia, y aquel insufrible tiroteo de frases cortadas y sentenciosas que parecen versillos del Corán, se comprenderá bien el valor de *El cura de aldea*, aun sin introducirnos más allá de la superficie, porque tampoco lo merece.

El Mártir del Gólgota, engendro del mismo autor, ha cundido profusamente entre cierta parte del público devoto. Amasijo de tradiciones, ya poéticas, ya disparatadas, entre las cuales se destaca la indestructible grandiosidad del objeto, afeado con toda clase de adornos pegadizos: eso viene á ser en el fondo la asendereada novela; y en cuanto á la forma, un eco débil y confuso de las melopeas de Chateaubriand y Lamartine. No parece sino que Palestina es una provincia española, y los lances aquéllos ocurridos en nuestros días, según entra y sale el novelista por donde quiera con imperturbable frescura. Quédense para engrosar catálogos de bibliografía las demás obras de Pérez Escrich, cortadas por el mismo patrón, tales como *La calumnia*, *La comedia del amor*, *La mujer adúltera*, *La esposa mártir* y *Las obras de misericordia*.

Caminando de mal en peor, nos las vamos á ver con

la fatídica sombra de Ortega y Frías, que en cuestión de horrores y de sangre ha dejado siempre tamañitos á los de su escuela, constituyendo una especie de Echegaray embrionario, sin ninguna de sus buenas condiciones. Las obras del terrible novelista suelen ser tragedias por no sé cuántos capítulos; por el argumento que raya casi siempre en espeluznante y feroz, y por el estilo y el lenguaje; de modo que, aparte de las víctimas introducidas en la narración, salen degollados á la postre el buen gusto y el idioma castellano. Nada hay que no repela en estos informes volúmenes, desde el título, que respira pedantesco furor, hasta los desenlaces, sujetos á la misma pauta, monótonos y fríos en medio de las convulsiones y agonías de que suelen componerse. *El diablo en Palacio*, *Las víctimas del amor* (estudio del corazón humano, dice el título), *Abelardo y Heloisa*, *Una gota de sangre*, *El tribunal de la sangre*... todo parece que la destila; por donde quiera andan sueltos trasgos, duendes y vampiros en las páginas de este Atila literario, imitador desdichadísimo de Ana Radcliffe, de Lewis y D'Arlincourt. Sólo debemos añadir, para vergüenza nuestra, que hace pocos años alternaban las ediciones de Ortega y Frías (ilustradas por cierto) con las de Pereda y Galdós.

De D. Torcuato Tárrago y Mateos, luminar también de la novela española por el estilo de los anteriores, se venden en las librerías *Carlos IV el Bondadoso*, *Los huracanes de la vida* y otras (pasan de ciento) no menos merecedoras de omisión en un libro de crítica literaria. El autor dirigió por algún tiempo los folletines de *La Correspondencia*, lo cual equivale á un retrato de cuerpo entero.

Julio Nombela escribe con un poco de corrección y soltura, y vale más como escritor ameno ó satírico, que no para cultivar la novela, aunque ha publicado bastantes con ese nombre, unas formando la serie de *La historia en acción*, otras sueltas y con su correspon-

diente tesis práctica (*La mujer muerta en vida*, *El hijo natural*, etc.).

La Inquisición, coco de imaginaciones calenturientas desde que se popularizaron los desatinos del apóstata Llorente, fué el elemento obligado de las novelas pseudo-históricas más leídas en España. A las enumeradas antes de ahora puede añadirse la de Florencio Luis Parreño, *La Inquisición y el Rey*, que se comenzó á publicar por entregas en 1861, y á la que siguieron otras del mismo autor y de análogo carácter.

De intento he reservado para terminar este capítulo la larga y no gloriosa serie de escritoras, más ó menos consagradas á la imitación y cultivo de un género que tanto se adapta á las fogosidades y arrebatos del sentimentalismo femenino. La mujer fué la principal causa de que se difundiesen estas lecturas, lo mismo devorándolas con insaciable curiosidad, que produciéndolas en la forma que se lo permitía la escasez de su cultura literaria. Casi todas las escritoras de que voy á hablar se contentan con las bellezas superficiales, hijas de la imaginación ó del sentimiento, no siempre expresado con sinceridad, y desdeñan el estudio del corazón humano y la difícil sencillez de los grandes modelos.

Aun hoy sigue dando á luz, como hace treinta años, muchas y no breves novelas doña María del Pilar Sinués, de cuya incansable actividad son fruto: *Rosa* ¹ *La dama elegante*, *El lazo de flores*, *El alma enferma*, *Fausta Sorel*, *El martirio sin gloria*, *Una herencia trágica*, *A río revuelto*, *La gitana*, *Hija*, *esposa y madre*, y *Un nido de palomas*, serie larguísima que no pretendo catalogar. Inferior á Mad. de Dûdevant en la brillantez de las formas, y á Fernán Caballero en la pintura de las costumbres, no acierta la Sinués á salir de un círculo muy reducido, donde los afectos pierden su

¹ Se publicó en 1854.

natural entereza, cargándose de innecesarias y melindrosas suavidades que fácilmente degeneran en sensiblería. Más que imitadora de los románticos parece serlo de la trasnochada generación de novelistas que florecieron á fines del pasado siglo y principios del presente, sobre todo de Mad. Cottin, á quien ha consagrado una de sus obras. La señora Sinués debe de confiar mucho en el poder del arte docente, según es la devoción que le muestra; pero su moral es bastante laxa y propende á colocar el heroísmo de la virtud en la obediencia á las inclinaciones del espíritu, á veces tan peligrosas y extraviadas.

Alguna hay agradable y regular entre las novelas de Angela Grassi (*El copo de nieve* y *Las riquezas del alma*), distinguida por la Academia Española con mención honorífica en uno de sus certámenes. Doña Faustina Sáez de Melgar ha escrito *La pastora del Guadiale*, *El ángel de Valdereal* y *Aniana ó la quinta de Peralta* con su continuación *Amar después de la muerte*⁴.

⁴ Podría tejer una lista interminable de autoras de novelas no mencionadas en el texto, entre las cuales recordaré á Carolina Coronado (*La Sigea*, *Jarilla*, *Paquita*, *La luz del Tajo*, *Adoración*), Enriqueta Lozano (*Lágrimas del corazón*, *Consuelo*, *El noble y el mendigo*, *Delirios de la ambición*, *Buena hija y buena esposa*, etc.), Rosalía Castro de Murguía (*El caballero de las botas azules*, *El primer loco*) y Catalina Macpherson (*El hilo del destino*, *Magdalena*, *Isabel ó la lucha del corazón*). Han escrito en época más reciente, pero sin romper los antiguos moldes, Patrocinio de Biedma (*El odio de una mujer*, etc.), Matilde Cherner, con el pseudónimo de *Rafael Luna* (*Ocaso y aurora*, etc.), Teresa Arróniz (*Inés de Villamor*, etc.), Joaquina G. Balmaseda, Julia Asensi y otras muchas.



CAPÍTULO XX

LA CRÍTICA LITERARIA EN ESTE PERÍODO

La crítica literaria en el primer tercio del siglo XIX.—Quintana y D. Dionisio Solís.—El abate Marchena y sus *Lecciones de Filosofía moral y Eloquencia*.—Los preceptistas (Hermosilla y Martínez de la Rosa).—Los críticos de la escuela sevillana (Lista, Reinoso y Mármol).—D. José de la Revilla, D. Pedro M. de Olive y D. Bartolomé J. Gallardo.—Las polémicas de Böhl de Faber sobre el Teatro nacional.—Tendencias eclécticas y reformistas (Silvela, Burgos, García Suelto, Clemencin, Hugalde, etc.).—Estudios de D. Agustín Durán sobre el Teatro español y el Romancero.

A pesar del ahinco con que trabajaron en la segunda mitad del siglo XVIII algunas inteligencias superiores por renovar la Estética y la preceptiva literaria; á pesar de que las *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal*, del P. Arteaga, y los *Discursos* sobre la tragedia y la comedia griegas, del abate Estala, encierran un fondo sanamente revolucionario que no eran capaces de entender los serviles preceptistas franceses, murieron ahogadas por la indiferencia universal aquellas voces generosas, y quedó reservado por largo tiempo el dominio sobre la enseñanza á las indigestas traducciones é imitaciones de los Manuales clásicos extranjeros, como la *Retórica*, grande y chica, de Hugo Blair, y los *Principios filosóficos de literatura*, de Batteux. Amén de éstas leían